

templaba sus dolores  
volviendo á oír cantar los ruiseñores,  
gemir la fuente y suspirar el viento;  
y hermosa, rica, perspícaz, honrada,  
sola, triste, benévola, estudiosa,  
poetisa, mujer y abandonada,  
tanto y tan bien lloraba y escribía,  
que de su amor y su dolor retumba  
el eco todavía  
en esta corta y lúgubre elegía  
que se halló en sus memorias de ultratumba:

## V

«A un canario infeliz, porque era mío  
la inútil libertad le di insensata,  
y á buscarme volvió; pero yo ingrata  
cerré el postigo y se murió de frío.  
»El esclavo que es fiel nos causa hastío,  
y amamos al tirano que nos mata:  
siempre es y fué la libertad más grata  
tener preso en otra alma el albedrío.  
»Libre correr, para humillar la frente  
cambiando de cadena; he aquí el calvario  
de todo libre ser que vive y siente.  
»El hombre, prisionero voluntario,  
dará su libertad eternamente  
por vivir en prisión como el canario.»

## LA HISTORIA DE MUCHAS CARTAS

## POEMA EN DOS CANTOS

A mi querida sobrina la Sra. D.<sup>a</sup> Elvira  
*Irullegui de García Caballero.*

Te dedico este poemita, escrito á la memoria de A...: porque habrás observado que hace tiempo que acostumbro á poner al frente de muchas composiciones el nombre de alguna persona amada, y es porque, desde que me voy haciendo viejo, sólo sé vivir rodeado de los seres que, como tú, me quieren entrañablemente.

CAMPOAMOR

## CANTO PRIMERO

## ESCRIBIRÉ MAÑANA

## I

Del mar junto á la orilla  
está Vega, lugar que, aunque pequeño  
para ser una villa,  
casi es un Londres para ser aldea;  
y allí vive, en el punto más risueño,  
tejiendo y destejiendo, Dorotea,  
la tela de Penélope de un sueño.  
¡Pobre niña, que aun vive  
con la fe de esas almas tan honradas  
que creen que las promesas son sagradas,  
y un ángel en el cielo las escribe!

## II

¡No lo extrañéis, espíritus amantes,  
si veis que el autor llora  
al recordar ahora  
memorias que no tienen semejantes!  
¡Nos dicen ¡ay! que el tiempo y la distancia  
sofocan los recuerdos de la infancia!...  
¡Yo, al restañar esta mortal herida,  
me olvido de treinta años de mi vida!  
Y es tan cierto, lector, lo que te digo,  
que lloro, aguardo, me sereno y sigo.



## III

Nuestra bella heroína  
cumplía quince abrilés aquel año,  
y, lo que es increíble por lo extraño,  
se murió sin saber que era divina.

Es la sola mujer que he conocido,  
aunque ya soy tan viejo,  
que con aire modesto y distraído  
se peinase de espaldas al espejo;  
y eso que era envidiada  
por todas las muchachas casaderas,  
cuando, admirablemente despeinada,  
llevaba, entre ondas de oro sepultada,  
cubiertas con el pelo las caderas.

## IV

Creía mucho en Dios, y hasta creía,  
como todas las almas candorosas,  
que Dios suele matar por muchas cosas  
por las cuales yo vivo todavía.

Severa, cuanto afable,  
honraba de sus padres la nobleza,  
teniendo una belleza incomparable  
y un alma superior á su belleza;  
y pura, como el día  
que recibió las aguas del bautismo,  
no entendía el misterio de los nombres  
de esas cosas de que habla el catecismo  
que una joven llamó «pecados de hombres».

## V

Nuestra hermosa de Vega  
á Justo amó; pero le amó tan ciega,  
que, ajena de dobleces y de engaños,  
en todos sus quince años  
no pensó ni un momento  
que es una gran locura,  
que nunca tiene en las mujeres cura,  
eso de amar á un hombre de talento.

*Sin poner la virtud en ejercicio,*  
todos, todos, de Justo aseguraban  
que ya empezaba á aborrecer el vicio.  
Prudente, aunque no siempre, en sus acciones,

amaba la moral que profesaban  
como buenos y cómodos varones  
los Horacios, los Riojas y Leones.

Iba por donde han ido  
*los pocos sabios que en el mundo han sido;*  
y seguía las huellas  
de esos nobles bribones  
que hablan mal y desprecian sus pasiones,  
y que mueren por fin víctimas de ellas.

## VI

Pero Justo ¿qué hacía  
que prometió escribir á Dorotea,  
y la carta aguardada no venía?  
¿Qué hacía?—Ni lo sé, ni él lo sabía.  
Teniendo siempre de escribir la idea,  
se iba el tiempo marchando y no volvía,  
y de este modo Justo y Dorotea,  
mientras ella esperaba, él no escribía;  
pues aunque en ansia de escribir ardía,  
en su alma, entre española y mahometana,  
pudo más la pereza que la gana,  
y así pasaba día y otro día  
diciendo siempre:—Escribiré mañana.—

## VII

Y ¿qué hombre, menos él, no hubiera escrito  
á aquel ser adorable y no adorado,  
viendo en sus ojos el color sagrado  
del violeta azul de lo infinito?...

## VIII

¡Gracias á Dios! Con alegría suma  
tomó un día la pluma...  
y después de tomada...  
decidido á hacer algo, no hizo nada.  
Y oíd, tristes cual yo, de qué manera  
se fué pasando una semana entera:  
*Lunes;* me siento enfermo.  
*Martes;* ¡es tan mal día!  
Ya es *miércoles.* ¡Qué sol! La tarde es fría.  
*Jueves.* ¿Escribo? Escribiré. Me duermo.  
El escribir en *viernes* me da susto;  
será mucho mejor, á fe de Justo,



que mañana que es *sábado* la escriba,  
y el *domingo*, que es fiesta, la reciba.  
Y al fin de la semana,  
cuando el domingo llega,  
mientras él, con la calma que tenía,  
—Mañana escribiré—se repetía,  
en el puerto de Vega,  
ya presa de mortal melancolía,  
ella decía:—¡Escribirá mañana!—

## IX

Ya un día, entusiasmado,  
al papel y al tintero se abalanza,  
mostrando en su semblante alborozado  
la alegre animación de la esperanza;  
y—¡oh Dios, cuánto la adoro!—  
decía enamorado...  
Y ¿escribió? No, señor. ¿Por qué? Lo ignoro;  
mas no falta quien crea  
que no escribió á la pobre Dorotea  
la carta deseada  
porque, ¡oh maldad del corazón humano!,  
el día aquel se lo estorbó la mano  
de una cierta coqueta retirada.

## X

Otra vez que, exaltado y medio loco,  
quiso escribir (pero ¿escribió? tampoco),  
como un niño pequeño  
se echó enfadado y se durmió tranquilo;  
que es el cansancio material un hilo  
que tira de nosotros hacia el sueño:  
y como á los veinte años que tenía,  
el dormir bien no es una cosa rara,  
ya á más de la mitad del otro día  
dijo, brillando en su apacible cara  
la risa del candor que en Dios confía:  
—Por voluntad del cielo soberana  
mañana podré estar ó muerto ó vivo;  
pero, lo que es mañana,  
lo juro por mi honor, ó muero, ó escribo.

## XI

¡Siempre igual! Esperando la venida  
del mañana maldito,

¡cuántas cartas, Dios mío, en esta vida,  
debiéndose escribir, no se han escrito!  
¡Son tantas... pero ¡tantas!...  
las cartas, ¡ay!, que sin nacer murieron!  
Al mismo tiempo, ¡cuántas  
sin deber ser escritas se escribieron!

## CANTO SEGUNDO

## MAÑANA ESCRIBIRA

## • I

Mientras él en Madrid, que es donde vive,  
piensa sólo en la carta que no escribe,  
ella, encerrada en Vega,  
sólo espera la carta que no llega.

## II

Tan eterna tardanza  
ya le inquieta de modo  
que siente intermitencias de esperanza;  
y cual la pobre gente  
que es muy poco feliz y es inocente,  
ya cree que el cielo se entromete en todo,  
y que, probablemente,  
en castigo tal vez de algún deseo,  
la mano del Señor secretamente  
le va á sacar las cartas del correo.  
¿Y hacía muchos votos? ¡Ya lo creo!  
En materia de afectos y deberes,  
¿qué cosa habrá, por frívola que sea,  
por la cual, imitando á Dorotea,  
no hagan votos secretos las mujeres?

Por eso, uniendo á la bondad que tiene  
la natural superstición del que ama,  
si canta un gallo en el jardín, exclama:  
—Esa es señal de qué mañana viene.—

Para todas las luces y los ruidos,  
sus ojos multiplica y sus oídos.  
Oye un rumor y dice:—Es el cartero;—  
y llega á ser este héroe callejero  
la más dulce tal vez de sus manías,  
pues firme en el balcón como una roca,  
abre, al verle llegar todos los días,  
el corazón, los ojos y la boca.



## III

Tanto era lo que amaba,  
que daba por muy justas y muy buenas  
sus muchísimas penas  
si la carta llegaba ;  
y darle prometió, si se casaba,  
á san Antonio un ramo de azucenas.  
¡Ay! la pobre ignoraba  
que en materias de amor y matrimonio,  
por muy triste que sea,  
puede más que los santos el demonio...  
Por eso no veía Dorotea  
lo mal que se portaba san Antonio.

## IV

Era tal la inocencia  
que á su amorosa obcecación se unía,  
que haciendo penitencia,  
de rodillas y en cruz, pasaba el día ;  
y acabando su historia  
en la esperanza y la virtud cerrada,  
más que en el mundo al fin pensó en la gloria ;  
siendo su fe tan pura y tan ardiente,  
que se puso á pan y agua solamente  
como una pensionista castigada.  
Feliz con sus manías  
y dispuesta á hacer frente á los reveses  
de tantos desengaños,  
como dió fin un mes de treinta días,  
un año se pasó de doce meses,  
y pasaría un siglo de cien años ;  
siendo ya tan completo  
su triste estado de ascetismo inerte,  
que, para ser de veras esqueleto,  
ya no faltaba allí más que la muerte.

## V

Como ella por su médico sabía  
que se suele morir cuando amanece  
(suspirando una tarde, en que parece  
que da un adiós al sol, padre del día),  
en su cara preciosa,  
más bien que iluminada, luminosa,  
mostrando la expresión de un grande espanto,

sacó del pecho, humedecido en llanto,  
aquella llavecita sigilosa  
que todas las mujeres guardan tanto ;  
llave de honor, bajo la cual había  
dejado, á no dudarlo, bien cerradas  
las cien contestaciones que tenía  
á la carta no escrita preparadas.

## VI

¡Cuántas madamas Sevigné habrí  
si saliesen á luz los borradores  
de las cartas de amores  
que en el seno del alma se conciben,  
y se escriben después, ó no se escriben !  
¡Yo creo que los muchos desengaños  
que dan los hombres de malicia llenos,  
matan todos los años  
un millón de Eloísas por lo menos !

## VII

Pues, como antes decía,  
entre risueña y grave,  
así le habló á una amiga que tenía :  
—Si mañana me muero,  
me esconderás aquí, junto á esta llave,  
una carta que espero.—  
Y ya cumplido este deber postrero,  
el más caro tal vez de sus deberes,  
vuelve á guardar la llave  
(que sólo Dios lo que encerraba sabe)  
en aquel pecho hermoso,  
ese rincón de cielo misterioso  
donde todo lo esconden las mujeres.  
Y al ver que su esperanza era ilusoria  
y la carta esperada no venía,  
—¡Cuánto siento—añadía—  
morir sin aprenderla de memoria !—  
Y acabada esta frase,  
sintiendo ya acercarse su agonía,  
la carta que pensaba que llegase  
la estrujó entre sus manos todo el día.

## VIII

Mientras su alma enervando  
se iba al calor de su divino fuego,  
fué su cuerpo acabando



primero el hambre y la tristeza luego ;  
y de tal penitencia aniquilada,  
como ni ver ni articular podía,  
ya en lo eterno infinito se perdía  
lo mismo que su acento su mirada,  
presa ya de una angustia intermitente,  
de una manera lúgubre tosía,  
y como lentamente,  
se iba haciendo su tez más transparente,  
su espíritu divino parecía  
que alumbraba su cuerpo interiormente.

## IX

Hasta que al fin un día, un triste día,  
la cabeza inclinando,  
que una gorra de encajes envolvía  
sujeta por debajo de la barba,  
se oye un tartamudeo de agonía :  
con los dedos las sábanas escarba ;  
distribuye unos éxtasis mirando ;  
se cubre de una sombra su semblante ;  
y en su lucha tenaz de agonizante  
vuelve á caer, y á alzarse, y titubea ;  
una oleada de frío serpentea ;  
y hundiéndose de pronto su martirio  
en la inmersión de un celestial delirio,  
en el último instante de su vida  
ve en un fondo de luz desconocida  
lo que al morir, como al vivir, desea,  
y es una carta, en su ilusión fingida,  
en cuyo sobre dice : «A Dorotea».

## X

¡Ay! Cuando á Justo le anunció el correo  
el triste fin de la que fué su encanto,  
sentía, como Dante, aquel deseo  
de suspirar y de morir de llanto.  
—¿Ha muerto?—el pobre Justo preguntaba  
en el tono más alto del lirismo.  
—¡Qué desgracia!—exclamaba.—  
¡Yo que la iba á escribir mañana mismo!—

## XI

Nunca escribió la carta deseada,  
pero, en cuanto á escribirla, ya lo he dicho,  
ni ha sido más predicho,

ni Cristo fué tal vez más deseado.  
Por eso, estaba loco, ó casi loco ;  
mas ¿qué culpa tenía el inocente  
si siempre, como á mí, le faltó un poco  
para ser diligente?

El caso es que lloraba sin consuelo,  
porque era bueno, bueno, y, lo repito,  
aunque nunca escribió, ni hubiera escrito,  
¡oh fiel imagen de las cartas mías!  
tan cierto es como Dios está en el cielo,  
que, amándola infinito,  
él pensaba escribir todos los días.

## XII

Y era su pena tanta,  
que ahogaban los sollozos su garganta.  
Mira al cielo con aire reverente ;  
é implorando el auxilio de este modo  
del Ser que en todas partes lo ve todo,  
pidiéndole perdón por sus agravios,  
en oración mental mueve los labios ;  
y hasta, en medio de un bíblico arrebató,  
casi escribir promete el insensato  
aquella carta que quedó en idea,  
cuando mira entre luz á Dorotea  
que desde el cielo le decía :—¡Ingrato!